

secreto, ni su culpa es mas que la de haberse dejado engañar de una mujer. Esta es una desgracia de que la prudencia humana y el arte maravilloso de los encantadores no han podido librar hasta hoy dia ni á los mismos filósofos, ni aun á los Genios mas sublimes. Y si acaso, prosiguió Azelia, sentís con tanto extremo la pérdida de nuestra sortija por mi causa, ese dolor es infundado, porque os aseguro que no tengo el menor deseo de engañaros. — ¿Pues por qué causa, cruel, interrumpí yo, me has privado de ese precioso talisman que precavia todas las dudas, haciendo inútiles todas las protestas de fidelidad?... — Sí, señor, lo sé, esa sortija no me dejaba nada que decir, á mí me gusta hablar, y fuera de esto no podréis negarme que la confianza que os inspiraba no era á propósito para darme gusto. En fin ¿os parece un proceder muy fino y generoso el de consultar aquella sortija á cada instante, para saber si debíais creer ó no las protestaciones de mi cariño? Yo sin tener talisman al punto os creí. ¿Queréis saber el modo de amar? En el mismo instante en que me hicisteis confesar el amor que os tenia, debíais sacrificarme ese supuesto tesoro, arrojando al mar la odiosa sortija, y diciéndome : *el amor y la confianza que este me inspira hacen que me sea inútil.*

Confundido con estas razones me arrojé á los piés de Azelia implorando su indulgencia y mi perdon. ¡Mi indulgencia! replicó ella; ¿acaso sabríais apreciarla? ¿no habia yo mismo excusado todos los defectos que acabo de deciros? Cuando arrojé la sortija al mar, bien debéis acordaros de que no habia mudado de color; pero el furor é indigno término con que me habéis tratado.... — No, adorada Azelia, no prosigas; me atraviesan el corazon tus justas quejas. — Señor, no abusaré de la imposibilidad en que estáis ahora de leer en mi alma: mi palabra es tan verdadera como todos los talismanes del mundo; he dejado de amaros, y es para siempre.

La serenidad con que Azelia pronunció estas palabras no me dejó lugar para dudar de mi desgracia: como la amaba con exceso, me entregué á la mas violenta desesperacion; estaba á sus piés, y los regaba con mis lágrimas: Por piedad, le decia, no me quitéis un resto de esperanza. — ¡Ved ahora si debeis sentir la pérdida de la sortija! La verdad os parece tan cruel, que no podéis tolerarla, y me pedís que os engañe... Debemos, no hay duda, procurar libranos de las ilusiones que nos pueden dañar: ¿mas por qué querer

destruir las que nos consuelan? Creedme, señor, no empleéis en adelante vuestra ciencia en fabricar un talisman parecido á ese de que yo acabo de libraros: con semejantes artes lo único que conseguiréis será labraros nuevos pesares. Estudiad los hombres, cono-cedlos, desconfiad de todos en general; pero entregaos ciegamente á la fe de vuestra amante y de vuestro amigo.

Este consejo era excelente, pero mi desgracia quiso que no me aprovechase de él. Azelia se mantuvo inflexible: no hubo medio de que me volviese su amor. Abatido del dolor, y desesperado me separé de ella, y me retiré á una soledad, en donde pasé algunos meses únicamente ocupado en mi dolor. Habíame seguido Zumio; aunque era la causa inocente de mis desgracias: su lealtad, su alegría y natural docilidad me hacian su trato agradable; y sin eso conocia á Azelia, y podia yo hablarle de ella. Zumio habia viajado mucho, contaba con gusto y mucha gracia, y para distraerme, todas las noches me referia las cosas mas curiosas que habia visto en sus viajes.

Me hablaba muy á menudo de una Princesa llamada Arpáliza, haciendo de ella tales elogios, que al fin excitó mi curiosidad. Pregunté á Zumio si era tan amable como Azelia. ¡Bueno! me respondió él, si hubiéseis visto á la divina Arpáliza jamas hubiérais querido á esa Azelia, bastante graciosa, es cierto, y que á veces habla muy bien; pero en sustancia no es mas que una loquilla llena de caprichos y veleidad, en vez de que la Princesa Arpáliza es el modelo mas cabal de todas las perfecciones: su belleza os deslumbraria, y quedaríais encantado de lo profundo de su entendimiento, de sus virtudes, sus habilidades, y de la extension de sus conocimientos... ¡y un alma!... ¡una sensibilidad!... ¡si la oyérais hablar de la amistad!...

Siempre volvía Zumio á lo mismo, y sus elogios eran inagotables: tanto los repitió, que al cabo me inspiró un deseo vivísimo de ver á aquella maravillosa Princesa. Sin embargo, á pesar de los consejos de Azelia sentia mucho la pérdida de mi turquesa. Yo podia pedir una gracia al Rey de los Genios: despues de muchas dudas y reflexiones fuí á hablarle, y le supliqué me hiciese un Palacio con un encanto, tal, que todos los que entrasen en él se viesen precisados á decir, luego que hablasen, sus mas ocultos pensamientos sin disfraz alguno. Como dueño del Palacio pedí que se me eximiese de la ley

general, porque decia yo, un amante debe ser callado, y no quiero exponerme á cometer la mas leve imprudencia en este asunto; añadiendo que para que me fuese posible ver las cosas como eran en sí, y no oír sino palabras verdaderas, deseaba que los que hablasen se viesen obligados á hacerlo conforme á sus verdaderos sentimientos, y al mismo tiempo que el que tuviese designio de faltar á la verdad, no conociese que decia lo contrario; que no se entendiese á sí mismo, y que quedase persuadido de haber dicho las palabras engañosas, con las cuales pretendia engañar á todos, porque sin este doble encanto cada cual tomara el partido de callar, no se oírían mas que algunas frases interrumpidas, y nunca conversaciones seguidas.

Suspiró el Genio y me dijo: ¿Qué es lo que pides, imprudente Fanor?... Pero mi palabra no me permite negártelo. Anda, vuelve á tus estados: en el lugar que ocupaba tu Palacio hallarás el que locamente me has pedido. Aquí tienes, añadió, una cajita que te preservará del encanto del peligroso Palacio; siempre que la lleves contigo no dirás sino aquello que tengas intencion de decir: si la prestas á alguno producirá en él el mismo efecto; pero no puedo hacer otra semejante, y así mira si conservas esa con cuidado. Al decir esto me entregó la caja, y yo despues de haberle manifestado toda mi gratitud, me encaminé sin perder tiempo á mi nueva habitacion.

Hallé un Palacio, cuyo aspecto me deslumbró y encantó: está hecho de una materia que tiene la dureza y resplandor del diamante mas puro y brillante, y la trasparencia del cristal: su arquitectura es á un tiempo majestuosa y sencilla; todos sus adornos están enriquecidos de ópalos, rubíes y perlas: encima de las puertas de oro de aquel suntuoso edificio se leía entónces esta inscripcion: *Palacio de la Verdad*. Al entrar toqué con mi varita las puertas, diciendo estas palabras: Cualquiera que entre en adelante en este palacio no podrá salir sino despues de haber estado tres meses, y juro por mi ciencia (juramento irrevocable) no abolir nunca esta ley. Hice despues abrir las puertas, y mandé que dejasen entrar á todo el que quisiese.

Desde el primer dia tuve ocasion de conocer cuán peligroso es vivir en el Palacio de la Verdad: hice varias preguntas á mis criados, que obligados á responder con toda sinceridad, me indignaron

de tal modo que á todos los despedí; debo confesar no obstante que desde entónces no he tenido otros mas fieles y leales. Por otra parte, mi amistad con Zumio sufrió mucha rebaja: conocí que carecia igualmente de gusto y de solidez; se permitia muchas veces en sus conversaciones conmigo algunas chanzas y chocarrerías, que ya no me divertian, y me admiraba de cómo me habian podido gustar nunca semejantes gracias: descubrí en él mil defectillos que hasta entónces no habia advertido, entre otros el ser algo insolente; continuamente me contradecia, rara vez aprobaba mi modo de pensar, y me hablaba con una libertad y grosería inaguantables. No obstante, como continuaba diciéndome que me queria y me tenia amistad, no reñí con él formalmente, pero le reñia, ó le mortificaba á menudo; él me respondia con insolencia, que mi orgullo era insoportable; le hacia callar, se encogia de hombros burlándose de mí, manifestaba unas veces cólera, y otras mal humor, y pasábamos todos los dias riñendo ó sin hablarnos.

Cansado de estar solo siempre, esperaba que algunos caminantes, seducidos del aspecto brillante de mi Palacio, tendrian ganas de entrar; pero todos se contentaban con admirarle, se acercaban precipitadamente, y apenas veian la inscripcion, cuando se apartaban y seguian su camino. Un dia que estaba con Zumio asomado á un balcon, vimos á lo léjos una carroza magnífica que se acercaba al Palacio; mi arte me hizo conocer que aquella carroza era de un Rey acompañado de siete ú ocho de sus áulicos; ibanse acercando, y Zumio me dice: De esta vez creo que tendremos una visita, y me alegre, porque desde que estamos aquí me seco de tristeza... Al acabar Zumio estas palabras se detuvo la carroza enfrente de las puertas del Palacio: lee el Rey la inscripcion, y su primer movimiento es adelantar y entrar dentro; pero los áulicos, pálidos y asustados le detienen temblando: el Rey insiste algun tiempo; pero al fin cede: vuelven á respirar sus cortesanos: apartan la carroza con prontitud, y en breve los perdimos de vista.

¡Ya se han ido! exclamó Zumio apesadumbrado: en tanto que porfiareis en dejar sobre las puertas esa maldita inscripcion, no entrará un alma siquiera. ¡Vaya que sois cabezudo si los hay...! En mi vida espero ver un Genio de ménos talento, y mas tenaz en sostener sus majaderías... — Zumio, Zumio, ya no tiene límites tu insolencia... — ¡Con que queréis que os diga la verdad y os adule!

Ahora conozco que estáis loco rematado. En ciertos instantes vuestra necedad é inconsecuencia corre parejas con el orgullo que os domina. Apurado mi sufrimiento con tales insolencias iba á echarle del palacio, cuando vi una persona que fijó mi atencion y me hizo olvidar mi enfado. Era un anciano venerable : la majestad esparcida en toda su persona infundia respeto, y la dulzura de su fisonomía inspiraba un interes cariñoso, al cual era imposible resistirse. Tenia un libro en las manos, y venia leyendo. Luego que llegó cerca del Palacio, levantó la vista, y leyó la inscripcion. ¡Oh tú, exclamó, que hace cuarenta años que busco, verdad santa! ¿Será posible que te vea ántes del fin de mis dias libre de las densas nieblas que te ofuscan? Al pronunciar el anciano estas palabras, se precipita hácia la puerta, y entra en el Palacio.

¡ Ya tenemos uno! exclamó Zumio. Al decir esto se aparta de mí prontamente, y sale al encuentro del forastero. Seguí los pasos de mi Sílido tronera, y en breve llegámos al anciano; acercándose á él Zumio, le dice : Bien venido, abuelo, sobre todo si puedes quitarnos el tedio que nos consume; eres muy viejo y debes haber visto muchas cosas, nos las irás refiriendo para divertirnos, pero ántes di como te llamas... — Mi nombre es Gelanor, respondió el anciano; he pasado toda mi juventud en el mundo, despues hice muchos viajes, y concluidos estos he vivido hasta ahora veinte años en la soledad. — ¡ Ah! ya entiendo, interrumpió Zumio, eres filósofo; mala cosa para que nos alegremos... Lo malo es que tampoco á ti te saldrá tu cuenta, porque los filósofos son curiosos. Sin duda imaginas que podrás estudiar aquí á los hombres, pero no hallarás en este Palacio mas personas que el Genio mi amo, y yo : Fanor, como ves, es poco tratable, y ademas no tiene nada de original en el genio; y aunque yo estoy verdaderamente lleno de entendimiento, de virtudes y de gracias, poco tiempo te bastará para conocerme á fondo... En efecto, replicó Gelanor sonriéndose, puesto que desde ahora mismo te conozco mucho mejor que tú mismo te conoces.

Entónces tomé yo la palabra preguntando al filósofo, qué opinion tenia de sí mismo. Soy bueno, me dijo, pero imperfecto : no puedo comprender cómo despues de haber pasado mi vida reflexionando y trabajando en corregirme, puedo tener aun tantos defectos y flaquezas, pero á lo ménos esta idea, siempre presente en mi alma, me preserva del orgullo y me hace indulgente. Mis acciones públicas

y secretas son irreprochables, pero siento muy á menudo algunos movimientos interiores que me avergüenzan. Si hiciese una relacion exacta y circunstanciada de todas las ideas que se presentan á mi imaginacion, no se me reputaria por mas juicioso que á cualquiera otro hombre. Al oir estas palabras me acerqué á Gelanor, y abrazándole con un cariño respetuoso : ¡ Oh padre mio! le dije, Vd. me llena de admiracion, porque es un verdadero filósofo; honraré y amaré eternamente á cualquiera que se le parezca.

Á pocos dias de esta conversacion me determiné á hacer quitar la inscripcion grabada sobre las puertas de mi Palacio : entónces me aparté de Gelanor y de Zumio, y sin darles parte de mi designio me fuí, guiado por la curiosidad que las conversaciones de Zumio me habian inspirado, á los estados de la Princesa Arpáliza. No quise llevar á Zumio conmigo, ni confiarle mi proyecto, temiendo su mucha indiscrecion. Vi finalmente aquella célebre Princesa, que no me quiso recibir sino por la noche : me hicieron entrar en un soberbio salon, alumbrado de un modo muy ingenioso; todas las bujías estaban puestas debajo de campanas de cristal, cubiertas con una gasa blanca, artificio que producía una luz suave y muy semejante á la de la luna en una noche serena. Estaba sentada la Princesa sobre un trono de oro cubierto de un dosel de gasa de plata, várias guirnaldas de rosas formaban festones primorosos y coronas encima de la cabeza de Arpáliza.

Esta Princesa, vestida de una bata magnífica, guarnecida de pedrerías, me pareció un objeto único, y su hermosura majestuosa y regular, aunque no parecia muy jóven. Admiré su talle delicado, su porte noble y gracioso, la excesiva blancura de su tez, y sobre todo me encantó su conversacion. Mi admiracion se aumentó al dia siguiente; la Princesa me hizo llevar á una galería llena de pinturas, y supe que todas eran producciones de Arpáliza : todos los cuadros representaban asuntos los mas interesantes : templos á la amistad, la amistad triunfante del amor, el tiempo coronando y adornando á la amistad, ó bien templos á la beneficencia; la beneficencia alumbrada por la virtud, la compasion guiando á la beneficencia, etc. En una palabra, no se podia salir de aquella galería sino con la entera persuasion de que Arpáliza era la Princesa mas sensible y virtuosa del universo. Me llevaron tambien al laboratorio químico de la Princesa, y al volver de todas estas visitas, un áulico, que me acompañaba, me

dijo confidencialmente, que la Princesa sabia tambien perfectamente la Astronomía y las Matemáticas. Como tengo una inclinacion particular á estas dos ciencias, me encantó este descubrimiento, acabando de completar el alto concepto que ya habia yo formado de ella. Por la noche hubo concierto, y los músicos tocaron algunas sinfonias de mucho gusto, compuestas por Arpáliza. Despues se puso la Princesa al clave y cantó; no me pareció su voz muy particular, tanto mas, cuanto que todos los instrumentos que la acompañaban la ofuscaban casi enteramente; pero un excelente músico, que estaba á mi lado, me aseguró que era gran cosa, y en efecto bien conocí que debia ser cierto, al ver que todos los que la escuchaban estaban como arrebatados.

Despues de la cena hubo un rato de conversacion, en la cual lució mucho, ya en versos hechos de repente, ya disputando con algunos, llevándose siempre la palma de la discrecion. Tantas gracias juntas me tenian fuera de mí, y conocí que no me sería posible conservar mucho tiempo mi libertad al lado de una Princesa tan cabal.

Á las doce todos se retiraron, y yo quedé solo con Arpáliza y Telaira, su amiga íntima; estaban las dos recostadas sobre un canapé, é inclinadas la una en los brazos de la otra; situacion la mas tierna que espero ver. Yo las contemplaba en silencio; se decian las cosas mas sublimes que la amistad puede inspirar, y Arpáliza me hizo una pintura tan viva y patética *de su afecto* á Telaira, que me hizo llorar. No pude ménos de manifestarle parte de la admiracion que me inspiraba, alabé sus habilidades, su instruccion, y puse la conversacion en algunos puntos de Astronomía y Geometría; pero Arpáliza me dijo con suma modestia: Mucho siento, señor, que os hayan dicho que me empleaba en unos estudios tan poco convenientes á una mujer; y si fuese cierto que tuviese los conocimientos y aficion que me suponéis, la primera ley que me impondria sería la de nunca confesarlos. ¡Son tan ajenas de mi modo de pensar la pedantería y afectacion! ¡Es tan poca mi vanidad!... Esta rara modestia acabó de encantarme. Seducido y fuera de mí me retiré á mi cuarto para pensar solo en Arpáliza: parte de la noche se me fué en escribirle versos. La obsequié con las funciones mas ingeniosas y brillantes que pude imaginar; manifestó que estimaba mi atencion: declaréla mi amor; y ella me confesó que á no ser por mi calidad y poder, corresponderia á mis sentimientos; pero que por escrúpulo insupe-

rable no podia resolverse á casar con un Genio. Vos mismo, me dijo, podríais atribuir á la ambicion lo que solo el amor mas puro pudiera alcanzar de mí. ¡Ah! ¿por qué no habéis nacido mortal?... Este modo de pensar me encantaba y me desesperaba á un tiempo.

Otras veces Arpáliza me ponderaba las delicias de su situacion presente: No tengo ambicion, me decia, la santa amistad hace todas mis delicias; nunca he conocido el amor, y temo entregarme á él; ¡porque tengo una alma tan tierna, una sensibilidad tan fina!... Me hallo feliz y tranquila; no, no esperéis que pueda determinarme á sacrificaros una dicha tan pura y tan perfecta. No, señor; incapaz de fingimiento y de la menor veleidad, no quiero engañaros con esperanzas inciertas. Dejad este sitio, luid de mí por vuestro bien... ¡y por el mio!... Triunfó por fin el amor; Arpáliza se ablandó, y consintió en recibir mi mano. Me manifestaba un cariño que me penetraba; pero el chasco de Prudina me habia hecho tan rezeloso, que resolví no casarme con la divina Arpáliza hasta haberla oido hablar en el Palacio de la Verdad, no porque dudase de su sinceridad, sino porque me era imposible sacrificarle la prueba del Palacio. Con este fin le dije que no podia efectuarse nuestro casamiento no siendo en mis estados: consintió gustosa en ir conmigo; solamente exigió que Telaira nos acompañase, diciendo que no podia separarse de una amiga tan querida. Partímos los tres, y en pocas horas nos hallámos trasportados junto á las puertas del Palacio.

Á la vista de aquella temible morada sentí un sobresalto indecible, al pensar que iba á conocer el corazon de la que tanto amaba. ¡Ah! decia yo en mi interior, si es tal como la he creído, ¡cuánto me pesará haber juzgado necesaria la prueba del Palacio! y si estoy engañado, ¡qué ilusion tan grata voy á perder!... Entrámos finalmente en mi Palacio: entónces vuelvo los ojos á la Princesa... ¡cuál me quedé al ver que la divina Arpáliza tenia cuarenta y ocho años por lo ménos, medio dedo de arrebol en la cara, las cejas pintadas, los cabellos postizos, y una cotilla con dos ó tres almohadillas! En fin la vi calva, bermeja, vieja y corcovada. Zumio, que habia venido corriendo á recibirme, no pudiendo reconocerla en aquel infeliz estado, se echó á reir á carcajadas al ver aquella vision agarrada de mi brazo con aire muy satisfecho: me vi tan corrido, que me separé de la Princesa precipitadamente sin cuidar de lo que podria pensar.

Zumio se vino tras mí : Os doy mil parabienes, señor, me dijo burlándose, de la fortuna que habéis tenido en traernos esa rara belleza : esa eleccion prueba á lo ménos la solidez de vuestro gusto, y os pone á cubierto de las inquietudes que los rivales y los zelos podrian ocasionaros. Una palabra me bastó para hacer perder á Zumio las ganas de burlarse; nombré á Arpáliza, y se quedó mudo y confundido. Al cabo de un rato prosiguió diciendo : Bien veo, señor, cuán fundado es vuestro enojo y pesar, pero si la Princesa no tiene mas que una belleza alquilada, y si solo debe al arte sus gracias, sus cabellos y aquella cintura que tanto admirábamos, á lo ménos no puede habernos engañado acerca de las prendas de su alma, de su entendimiento y habilidades; y puesto que os ha dicho que os amaba, me persuado que sabréis pagar su cariño... ¿Estás en ti, Zumio? exclamé interrumpiéndole : ¿qué será de mí si he tenido la desgracia de inspirar algun amor á semejante figura? La esperanza de que será pérfida es el único consuelo que me queda. Á este tiempo vinieron á decirme que la Princesa queria hablarme; la urbanidad me obligó á ir á ver.

Halléla sola en un gabinete echada sobre un canapé, y en la mano tenia un pomito de agua de olor y el pañuelo. Luego que me vió entrar hizo las contorsiones mas extrañas, y aplicó el pañuelo á los ojos : ¿Qué tenéis? la pregunté. No me respondió; y yo viendo que continuaba haciendo visajes reiteré mi pregunta. Entónces mirándome con languidez me dijo : Finjo que tengo un accidente convulsivo... — Ya lo veo... — Y bien, cruel, ¿no os compadecéis? — Muchísimo; pero quisiera saber la causa de ese accidente. — Como me habéis dejado tan friamente al entrar en el Palacio, intento persuadiros que tengo una sensibilidad excesiva y que os amo con extremo... — ¿En efecto me amáis?... — Ni por pienso : á nadie tengo amor. Al pronunciar estas palabras, y creyendo decirme una expresion tiernísima, hizo que lloraba y se enjugó los ojos. Respiré con su declaracion, y ya libre de toda inquietud hice durar una conversacion que me divertia infinito; y así tomando una mano de Arpáliza : Vuestra pena me entenece, le dije. ¿Quién podria ser insensible á tantas gracias y á tanto amor?... ¡Pero os tiembla la mano!... — Sí; lo hago adrede para que creáis que son movimientos convulsivos... — Esto debe fatigaros mucho... — No por cierto : ¡estoy tan acostumbrada!... Pero en breve veréis mas; quiero em-

plear todo mi arte : al fin de la conversacion me desmayaré... — ¿Y Telaira dónde está?... — Hemos reñido... — ¡Cómo, tan presto!... — Sí, y mi intencion es haceros creer que Telaira es causa en parte del estado en que me veis... — ¿Pues qué ha pasado? — Me ha dicho cosas horribles; que soy falsa, interesada, envidiosa, insensible, que tengo un orgullo desmedido y una ambicion insaciable : yo le he respondido que nunca la he querido mas que por vanidad; que si hubiese sido mas bonita ó amable no la hubiera tenido á mi lado; tambien le he dicho que no la tenia el menor cariño, y que no haria por ella el menor sacrificio... — ¿Y se ha enfadado por eso? ¡Vaya que es cosa muy particular!... — Ha salido de aquí hecha un basilisco... — ¿Tenias confianza en ella? — Nunca la he tenido en nadie : no necesito de amigos; solo busco tontos que se dejen engañar y esclavos. Sin embargo he hecho en mi vida muchas confianzas, pero solo por vanidad, y siempre variando ó disfrazando los hechos, añadiendo y quitando circunstancias; porque el mentir nada me cuesta cuando es para mi provecho. — ¡Sois verdaderamente adorable, y ademas tan benéfica!... — Sí, amo con exceso el fausto y la magnificencia... — Luego que nos casemos dispondréis á vuestro arbitrio de mis riquezas : ¡cuántos pobres infelices socorreréis! ¡Oh! no seguramente : todo lo guardaré para mí... — ¡Celestial Arpáliza, cómo me encantáis! ¡Qué pasmoso conjunto de virtudes, de talento y de instruccion! porque aunque lo neguéis, vuestros criados os han descubierto : la vispera de nuestra partida me han asegurado que no habia en vuestros estados geómetra ó astrónomo que os pudiese competir... — Para que digan eso los pago... — ¡Cómo!... — Su desgracia era infalible si dijese lo contrario : soy muy ignorante; pero quiero tener fama de saberlo todo... — ¡Qué modestia!... ¿Y vuestras pinturas? — Zolfir las ha hecho... — ¿Y aquellas sinfonías que me hicisteis oír? — Gervasto las ha compuesto... — ¡Sois única en el mundo! — Es cierto que nadie hasta ahora me ha igualado en entendimiento, astucia é inteligencia, ni ha llevado á tan alto grado de perfeccion como yo el disimulo y el arte de engañar á las personas mas instruidas y mas perspicaces...

Al pronunciar Arpáliza esta frase tenia seguramente la intencion de dar una respuesta llena de humildad, porque se puso muy modesta, bajó los ojos, é hizo unos gestos tan extraños y ridículos, que tuve mucho que hacer para no prorumpir en una descom-

puesta risotada. Sus monadas y dengues, y el tono que procuraba tomar hacian tan mal maridaje con las cosas que decia, y formaban con sus razones un contraste tan raro y gracioso, que conocí me sería imposible mantener mas tiempo aquella conversacion. Me levanté para irme; me llamó con voz débil, previniéndome que iba á cerrar los ojos, á desmayarse, y á verse acometida de una espantosa convulsion. Al punto mismo salí á buscar á Gelanor y á Zumio para contarles todo lo sucedido.

Pretendiais, dije á Gelanor, que este Palacio solo podia darme pesares, y que de nada me serviria en tanto que viviese en el mundo; en una palabra, que solo era bueno para el hombre desengañado ya por la razon, y libre para siempre de todas las pasiones humanas. Ya veis con todo lo útil que me ha sido en esta ocasion: si no hubiese traído á él á Arpáliza, me hubiera visto casado con una mujer vieja, fea, artificiosa, ambiciosa, falsa y perversa.

Pero, señor, replicó Gelanor, sin poner los piés en este Palacio, hubiérais conocido fácilmente á esa mujer poco mas ó ménos segun es, si fuérais ménos fácil en dejaros preocupar, y si tuviérais ménos amor propio. Aprended á ver con vuestros propios ojos, y á juzgar por vos mismo, y no por la opinion de otros; no creáis tan de ligero que es imposible dejar de amaros despues que habéis declarado vuestro amor; que si esto hacéis, os prometo que en ninguna parte del mundo seréis victima de los engaños y mañas de mujeres parecidas á vuestra Arpáliza.

¿Y contáis por poco, le repliqué algo enfadado, la ventaja de poder oír á un filósofo hablarme con tanta libertad? — Siempre que no desechéis la verdad, ella buscará medios de llegar á vuestros oídos. No está toda ella encerrada en el recinto de este Palacio; se halla en toda la tierra, y se presenta mas ó ménos disfrazada segun la debilidad y el orgullo que se le opone. Ningun mortal podria tolerarla en todos los instantes de su vida si se le presentase sin ningun velo. De este modo se la ve en este Palacio; aquí destruye igualmente las dulces é inocentes ilusiones como los errores peligrosos: se presenta bajo una forma tan feroz, es tan desapiadada, tan dura y grosera, que choca y exaspera aun en aquellas ocasiones en que pudiera ser útil. Estas prudentes reflexiones de Gelanor no pudieron hacerme mudar de opinion: solamente la experiencia podia hacerme juicioso.

Pregunté despues á Zumio lo que habia sucedido en el Palacio en el tiempo de mi ausencia. Desde que se quitó el letrero ó inscripcion, me respondió, todos quieren entrar, siempre estamos bien acompañados. El concurso es numeroso, pero la union entre sus individuos ninguna; no se oyen mas que disputas, riñas é injurias, muchas veces muy groseras; nadie conoce la buena crianza y urbanidad; los unos se burlan de los otros sin gracia y sin moderacion: no se puede calumniar, es cierto, pero en cambio emplean la murmuracion mas mordaz: aquí se aborrece á cara descubierta; gritan, se infaman, riñen, es una baraunda, un alboroto que no podéis imaginaros. — ¿Y las mujeres de qué modo se portan? — En general aun son mas extravagantes y ridiculas que los hombres: se aborrecen mortalmente unas á otras por una friolera: manifiestan una falsedad muy pensada, y otras veces artificios tan pueriles... Una dice que quiere hacernos creer que se desmaya cuando huele una rosa; otra que finge tener mucho miedo cuando ve un gato; en fin, cuando no tienen interes de engañarnos con todo, nos engañan (á lo ménos lo intentan) por ejercitarse y divertirse; pero lo que hay aquí peor que todo son las coquillas; manifiestan un descaño y una perversidad de intencion que horroriza..

— ¿Pues qué, no ha entrado todavía en mi Palacio una mujer virtuosa? — Una que otra... y sobre todo... aquí se detuvo Zumio, y mostró inquietud. — ¿Qué tienes, Zumio? ¿por qué te turbas?... Habla, yo te lo mando... — Temo hablar, me respondió Zumio suspirando, porque amo, tiemblo al ver que vais á ser mi rival. — Pues qué, ¿no me cederías tu dama? — No por cierto. — Antes me asegurabas que no habria sacrificio que no hicieses por mí. — Era ponderacion; es cierto que os quiero mucho, pero si me fuese posible no dudaria en engañaros por Rosamira... — El cumplido es muy tierno ciertamente... ¿Con que es tan bella esa Rosamira?... — La mas bella y amable del universo: su alma es modesta y pura, digna en fin del amor de un Silfido. — ¿Y te ama?... — La pureza de mi afecto le agrada, y me ha dicho que me tiene alguna inclinacion... — ¿Qué temes, pues, si eres amado? Aun cuando la ambicion la inclinase á favor mio, obligada á decir la verdad no podria persuadirme que me prefiriese á ti. — ¡Oh! yo estoy seguro de su corazon; lo único que temo es que os trastorne la cabeza, y que entonces os opongáis á mi felicidad... — No temas, Zumio, no soy

ningun tirano; ademas no tengo la menor idea de ser tu rival: te protesto que veré sin riesgo ni turbacion á esa hermosura, por mas amable que sea, pues que su corazon se inclina á otro. — Ya que queréis verla, permitidme que vaya á buscarla y hablarle ántes. — ¿Para qué?... — Es que... — Vaya, dí para qué. — Es que queria informarle mal de vos, y hacerle un pormenor exacto de todos vuestros defectos... — Agradezco mucho esa buena voluntad, pero no quiero que te tomes tanto trabajo. Díme solamente si conoce este Palacio. — No hay duda: hace seis semanas que está en él, y no es posible ignorar su virtud mas de dos ó tres dias.

Iba, pues, á buscar á Rosamira, seguido del triste y zeloso Zumio, cuando vi venir á Arpáliza: luego que me conoció, exclamó: ¿A qué sitio me habéis traído, señor? ¡Qué sociedad habéis juntado en este Palacio! He ido un instante al salon, y en mi vida espero ver peor gente... ¡Las mujeres tan necias! ¡los hombres vanos, tontos y tan groseros!... ¡qué modales! ¡qué palabras! ¡qué insolencias!... ¡Si supiérais los ultrajes que he recibido!... Me desesperaba el ver que todos los hombres admiraban á una jóven llamada Rosamira, y procurando ocultar mi despecho: Señores, les dije, estoy rabiando de envidia; venid á mí, miradme, dejad esa dama que yo detesto porque os gusta y os atrae... Apénas he dicho estas palabras cuando todos han empezado á reir, dar silbidos, y á escarnecerme como si hubiese dicho la cosa mas extraña y ridícula... Entónces les he declarado que era la Soberana de este Palacio, y que mañana iba á recibir vuestra mano: han vuelto á silbarme, y su insolencia ha llegado hasta llamarme *vieja loca*... Vengadme, señor; echad de este Palacio á Rosamira... — ¿Con que tenéis particular queja de ella? — No, ella es la única que no me ha insultado; pero por eso mismo la aborrezco mas: su dulzura y modestia hacian que la llenasen de nuevos elogios, y es tan hermosa que rabio... Deseo denigrarla con mis razones, y haceros formar mal concepto de ella... Decidme, señor, ¿no os hacen alguna impresion mis palabras? — Muy grande, y pues que me mostráis tanta equidad y moderacion, ahora mismo voy á buscar á Rosamira para decirle lo que pienso de su proceder... — ¡Ah señor! no la veáis, porque os encantarán... — No os alborotéis, suplico, sin motivo. Zumio, acompaña á la Princesa á su cuarto.

Con esto me aparté de ella sin esperar respuesta. Fui volando á

ver á Rosamira, y la hallé en efecto tal como el amor y la envidia me la habian pintado: su belleza era pasmosa, y solo comparable á su modestia y entendimiento. Al verla y al oirla envidié á Zumio su dicha; pero como, gracias á la caja que el Rey de los Genios me habia dado, era dueño de ocultar mis sentimientos, no declaré á Rosamira la viva impresion que sus gracias hacian en mi corazon; y me contenté con leer en el suyo. Empecé á preguntarle, y me dijo que no era ni coqueta ni inconstante; que Zumio era su primer amor; que en realidad no le tenia aun un cariño verdadero; pero que conocia que en breve le corresponderia con un amor igual al suyo.

Apartéme de Rosamira encantado de su hermosura, talento y genio: aquella tarde estuve de mal humor, sobre todo con Zumio: este se quejó, yo me enfadé: le mandé que se me quitase delante, y poco despues le volví á llamar, no para hacer las amistades, sino para estorbarle que viese á Rosamira. Conoció que me iba volviendo injusto y tiránico; no hubiera producido este efecto el amor por sí solo, pero Zumio me obligaba con la dureza de sus expresiones. El sabio Gelanor procuraba en vano aplacarnos y ponernos en paz. ¡Ah! me decia, si no estuviérais en este Palacio y os hallárais en la misma situacion, Zumio ocultaria sus injuriosos rezelos, y el exceso de sus resentimientos; aparentaria dulzura y moderacion; entónces vos, señor, seriais justo y generoso. Reflexionad que se ve obligado á declararos cuanto pasa en su alma; considerad que la pasion y el enojo le dominan, y que no pensará mañana lo que piensa hoy: á lo ménos no le hagáis preguntas.

¿No veis, le respondió Zumio, que Fanor anda buscando un pretexto para desterrarme de este Palacio, con el fin de apartarme de Rosamira?... No creáis que esté como nosotros obligado á decir lo que piensa. Su arte le libra de esa necesidad; no quiere confesarlo por una consecuencia de su natural desconfianza, pero yo le he cogido en mas de veinte mentiras. Al tiempo que, á pesar nuestro, lee en nuestros corazones, el suyo está cerrado... ¡Qué cobardía! ¡qué indigna bajeza!... Esta queja injuriosa, pero muy justa, me causó un impulso de cólera tan terrible que á no ser por Gelanor hubiera hecho una atrocidad. ¡Detente, insensato, exclamó el prudente viejo; detente y no acabes de cubrirte de oprobio vengándote de un rival indefenso!... La poderosa voz de la virtud me hizo vol-